

## NAHUEL Y EL CÓNDOR



**Escrito por Lucre Arrías**

El cóndor estaba sobre una roca. Mirando con sus alas plegadas el gran valle iluminado. Cuando Nahuel lo encontró. El ave se dio cuenta que era él, pero siguió en su posición.

Detrás del niño, llegó su abuelo, deteniéndose a su espalda. Apoyando su mano en el hombro, la apretó y dijo

- Debes tomar una decisión, si le quieres de verdad.
- Sí abuelo, le quiero. Sabes que su espíritu esta conmigo desde que nací y más con todo lo sucedido, es como si fuéramos uno.
- Entonces, debes actuar Nahuel. Si le retienes, morirá. Ama demasiado su libertad como para estar así. Él, dentro de lo que es, también te quiere, te respeta por haberle cuidado y protegido cuando estaba indefenso, no hará nada que tu no quieras, tu decides, si le dejas libre o le retienes, matando su espíritu poco a poco.

Nahuel no pudo contener las lágrimas, sabía lo que tenía que hacer, pero le dolía demasiado. No podía gesticular palabra.

Su abuelo, volvió a apretar su hombro como signo de fortaleza ante al decisión tan dura y se marchó dejándolos solos. El silencio que envolvía la tarde era especial

Nahuel se sentó sobre una roca y comenzó a recordar como había encontrado al cóndor. Una tarde de tormenta, cuando pasaba las vacaciones con su abuelo en el valle.

Él vivía en una gran ciudad, pero sus raíces eran indígenas del sur. Había crecido como todos los niños de las grandes urbes, pero aprendió las costumbres del pueblo de su padre, y con ellas a respetar al cóndor. El ave era considerada por estos como el guardián de las montañas, y su espíritu encerraba la armonía de las grandes cumbres.

Cuando el niño nació, un cóndor surco en ese mismo instante la casa donde le alumbró su madre. Por esto, todos decían que el espíritu del ave se había posado sobre Nahuel.

Esa tarde, cuando encontró al cóndor, éste estaba herido por unos cazadores furtivos. No comprendía como había gente que se divertía matando a estas aves si estaban en extinción. Necesito la ayuda de su abuelo para llevarlo a donde lo pudiera cuidar. Y así lo hizo durante más de un mes. Cuando el ave estuvo bien, sucedió una cosa curiosa, no se fue. Se quedó junto a Nahuel hasta ya casi terminado el verano.

El niño se había ocupado del ave en todo. Pero debía volver a la ciudad, y el ave a sus montañas. El sol comenzaba a ponerse, solo se escuchaba el latir de los dos corazones, y un sollozo que se iba apagando poco a poco. En eso, decidido, tomando fuerzas, dijo.

- Vete gran ave, te quiero demasiado, como para tenerte en cautividad para que tu espíritu sufra y muera de apoco. Vamos, vete ya -y alzó la mano como signo de que partiera

El ave, dirigió su mirada a Nahuel, volvió a ponerse frente al sol. Abrió sus alas dejándose caer por el precipicio.

Por un instante, el niño se asusto. Porque pensó que se había matado. Sabía que el cóndor cuando se siente amenazado o enfermo, prefiere morir a seguir cautivo o siendo una carga, y corrió al borde de la montaña. En eso, el cóndor, subió con sus alas desplegadas por las corrientes de aire, planeando en dirección al sol pasando el borde de una por la cabeza de Nahuel como diciendo adiós.

El niño sonrió. La noche se hizo cerrada y todavía estaba mirando por donde había partido. Al volver a su casa, encontró a su abuelo junto a la chimenea fumando su pipa, se sentó a su lado sin mediar palabra.

- ¿Qué has hecho? Preguntó su abuelo.

- Lo que debía, dejarlo ir. Pero sabes siempre estará conmigo porque parte de su espíritu ahora esta más en mi corazón, seremos uno siempre. Y yo estaré con él porque parte de mis esperanzas y sueños se fueron con él.

El abuelo siguió fumando y acarició la cabeza del niño que de repente se había hecho hombre tomando una decisión así. Sería un buen hombre, estaba seguro.

**Fin**

BIBLIOTECA VIRTUAL DE COMPAÑÍA DE MARÍA DE PUENTE GENIL